



La línea de sombra de Walter Benjamin

La vida y el pensamiento del
intelectual alemán se dibuja en el
«ensayo gráfico» de Frédéric Pajak

Con Benjamin hemos topado

La Historia intelectual del siglo XX, y del XXI, no se puede entender sin la figura de Walter Benjamin. Sobre su pensamiento y su huella, Frédéric Pajak traza un exhaustivo análisis en el «ensayo gráfico» titulado «Manifiesto incierto»

J. A. GONZÁLEZ SAINZ

¡Cómo corren los tiempos y se alborotan para estar siempre en las mismas! Ésa podría ser la primera impresión –la primera desde luego de muchas otras– que uno se lleva tras la lectura atenta de ensayos como *Sobre el lugar social del escritor francés*, de Walter Benjamin, de tanta actualidad cuando fue escrito como ahora mismo y en la Francia de entonces como en la España de hoy o en cualquier otro país europeo. Nuestro autor redactó ese texto a lo largo de la segunda mitad del fadídico año 1933, el del ascenso de Hitler al poder, y lo hizo en buena parte, es de suponer, durante su segunda estancia en Ibiza. En él pasa revista al papel –Benjamin dice «el lugar social»– del escritor francés desde principios de siglo hasta la actualidad de aquel entonces. Por el ensayo desfila toda una sociología del quehacer y la influencia pública de los más señeros escritores franceses del primer tercio del siglo XX, empezando por Maurice Barrès y Apollinaire y terminando por Malraux y también Apollinaire. Entre medio, entre el primer planteamiento del peligro que suponen los poetas según el genio del surrealismo –los poetas tienen que desaparecer, cuantas más aptitudes tienen más dañinos son– y el cierre

del texto en el mismo sentido –«la poesía es sin duda alguna peligrosa»–, Benjamin escruta con bisturí certero la función social de Alain, de Julien Benda y su *Traición de los intelectuales*, de Péguy, Céline y Julien Green y también de Proust, Valéry, Gide o Blaise Cendrars entre otros.

Arrobas de dificultad

La posición de los intelectuales dentro de «la organización social del imperialismo», arranca afirmando Benjamin, es «cada vez más difícil». Y a continuación viene el análisis de la «crisis» de la función del intelectual en las figuras señaladas. Si sustituimos imperialismo por globalización y al «cada vez más difícil» le añadimos unas cuantas arrobas más de dificultad –la crisis la podemos dejar tal cual– tendremos un buen punto de partida y luego una colección de nada desdeñables consideraciones para afrontar la actual posición del intelectual entre nosotros.

Una posición que, para empezar a entendernos, bien podrían enmarcar dos hechos recientes. Uno: nada menos que dos aspirantes de las todavía así llamadas izquierdas a la presidencia del Gobierno de nuestro país se encuentran un día para hablar de la formación de Gobierno y uno de ellos le regala al otro nada menos que un libro, ¡un libro!, tradicional vehículo de pensamiento y cultura y genuina herra-

amienta del intelectual. Pues bien, era un libro de deportes o sobre un deporte. Dos: una nueva dirigente política de sobrenombre alto copete entiende una palabra concreta de una imagen crítica empleada en una rápida conversación por un intelectual que lleva muchos más años que los que componen la vida de esa dirigente política estudiando la historia del pensamiento, de la política y la literatura y la utiliza para meter bulla políticamente correcta, es decir, beata, en los medios y para hacerse fotos. Ninguna de las miles de páginas sobre crítica de la política, filosofía de la historia u organización de la ciudad del escritor en cuestión ha considerado jamás la nueva gerifalte que le pudieran interesar lo más mínimo para su gobierno y el de su ciudad, pero le ha faltado tiempo para entrar al trapo cuando ha visto la posibilidad de «escenificar» –esa palabra que les gusta tanto a los políticos que parece que no saben hacer otra cosa– una riña como el dios Espectáculo manda.

Alimento esencial

Total que si nos diera por elevar estas dos anécdotas a categoría, la función del intelectual limitaría hoy en nuestro país al norte con la insignificancia y la inexistencia –con su eclipse social– y al sur con la instrumentalización de su casquería mediática, es decir, de sus higadillos, mollejas y pezuñas que a veces dan en aparecer en la comunicación de masas. Nunca con las verdaderas tajadas, con el consumo y aprovechamiento de aquello que es alimento esencial pero exige esfuerzo masticar y digerir.

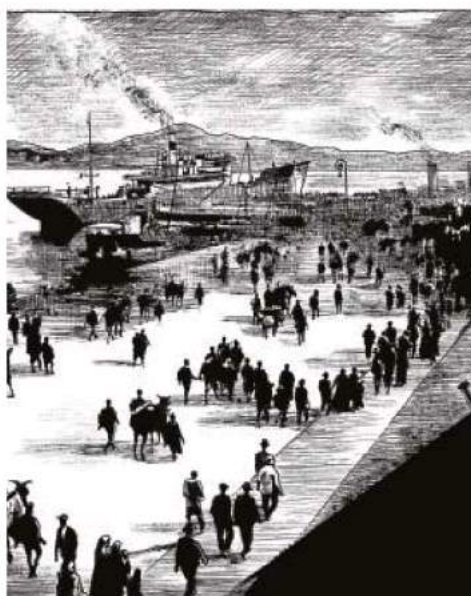


Pero es que con la Política hemos topado en el mismo sentido en que antes se decía que se topaba con la Iglesia. Y uno se pregunta si no es eso lo que a su modo auspiciaba a las claras Benjamin en una época justamente (1933) en que

sin embargo ya se le podían ver las dos orejas al lobo, la izquierda y la derecha, si bien algunos, aun con talento y buenas intenciones, adolecían o persistían en adolecer de una perspectiva que les ocultaba una de ellas: «dar al fin con la



Walter Benjamin es acertadamente retratado –en todos los sentidos– por Frédéric Pajak en el primer volumen de su «Manifiesto incierto», libro en el que comparte, más de ochenta años después, muchas de las preocupaciones y el pesimismo sobre el futuro de Europa que pesaban sobre el filósofo alemán hasta el límite del suicidio



política», convertirse en militantes políticos, hacer que la poesía fuera de veras peligrosa como quería el surrealismo. Los ejemplos más preclaros irían por el lado de Gide.

Benjamin contempla que el «imprescindible saneamien-

to» de la «crisis en la que vive el intelectual» presupone «la profunda transformación de la sociedad». Una transformación que augura y que a la vez acaso también teme, por lo menos al dar cuenta de la posición de Julien Benda y su *La*

traición de los intelectuales, que constata la «actualidad sin precedentes que lo político ha obtenido para los literatos. Por todas partes hay novelistas politizantes, poetas politizantes, historiadores politizantes y críticos politizantes». Pero lo

preocupante no sería eso en sí, sino la dirección en que se despliega esa politización, a saber: los nacionalismos en perjuicio de la ciudadanía o, dicho con Benda, de la causa de la humanidad, la partitocracia en perjuicio del derecho y la demo-

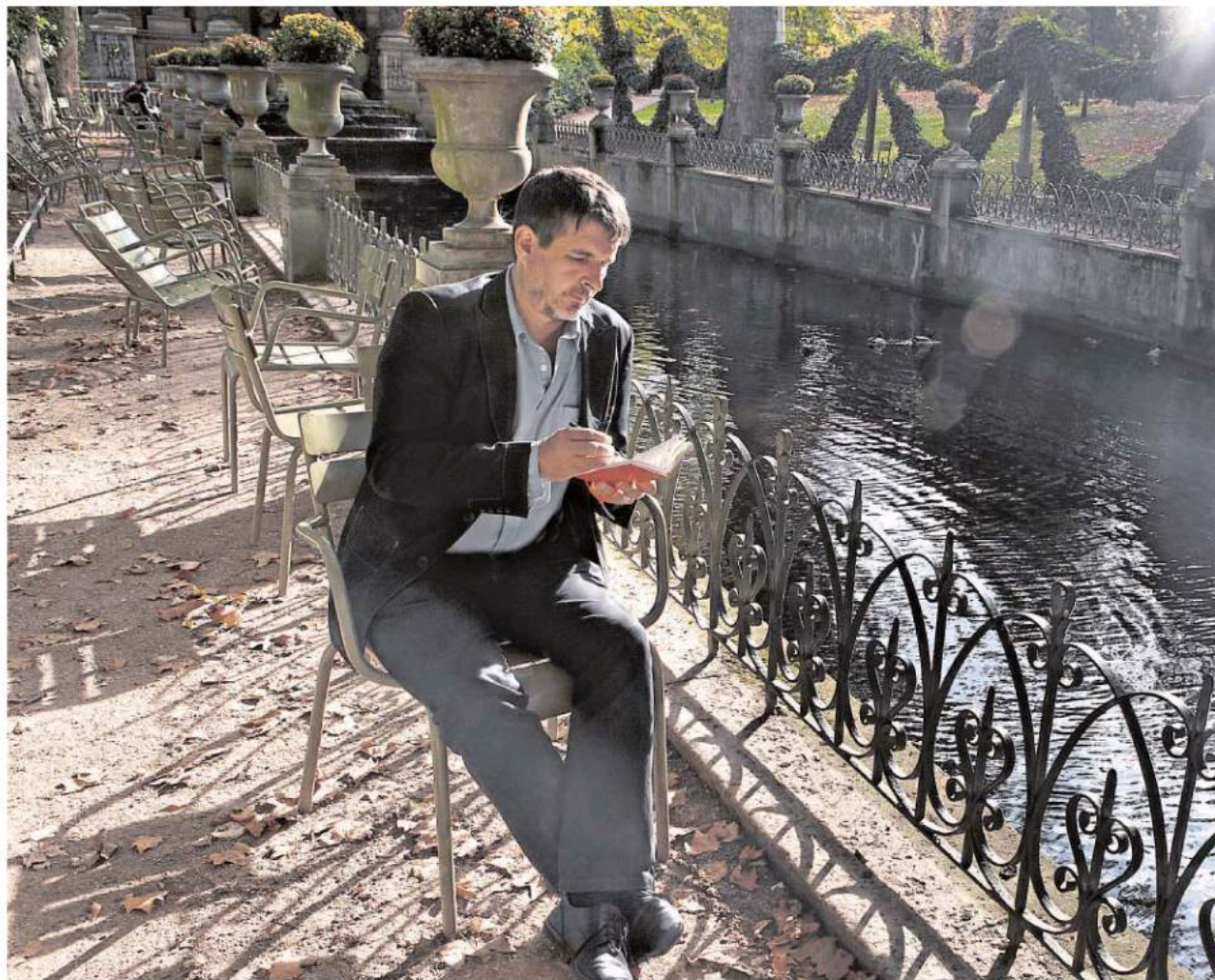
cracia, la cultura del Poder en perjuicio del poder de la cultura, la doble moral. Y todo ello presentado como precepto moral para más inri. ¿Les suena a algo?

Ya antes había destacado también Benjamin el «todo da igual» a excepción del entusiasmo que se le pueda sacar a una idea, el que se considere que lo importante no es tanto el acontecimiento sino el espectáculo que pueda derivar de ello, el idealismo de los gestos y el nihilismo de las convicciones (y su reverso, el esteticismo) y el conformismo a que todo ello conduce. Esa es la atmósfera cargada, dice, que detona el surrealismo, y se hace cábalas de cómo esas doctrinas de principios de siglo XX muestran una profunda afinidad con las del presente aciago en que escribe su texto.

Agravante estético

A nosotros, habitantes de la cargada atmósfera de los primeros decenios del siglo XXI, este ensayo nos tendría que llevar a hacernos desde luego las mismas cábalas, sólo que corregidas y aumentadas, porque es que estamos aún, o de nuevo, en las mismas. Y con un agravante estético: en las últimas pinceladas sociológicas aludidas, Benjamin no estaba describiendo una actitud intelectual aún así llamada de izquierdas, como ahora parece entre nosotros, sino la postura de Maurice Barrès, célebre escritor nacionalista y antisemita de la época.

Benda zahiere la adhesión de la inteligencia a los prejuicios políticos propios de las «clases» y los «pueblos», tal vez sin darse cuenta, según Benjamin, de que es un intento de escapar de las abstracciones idealistas. Puede que fuera, también según Benjamin, una mentalidad «romántica» la que llevase a Benda a denunciar la «traición de los intelectuales» a su misión de sostener la libertad, el derecho y el humanitarismo frente a los posicionamientos políticos de los intelectuales en línea con uno u otro de los totalitarismos y sus prejuicios clasistas y populistas, pero quedémonos por hoy, respecto a todo lo dicho y además de ello, con un aviso de su *Discurso a la nación europea*: «o sacamos adelante Europa o seremos niños para siempre». «Niños para siempre», he ahí el programa vencedor, exigentismo y berrinche, bonitismo (narcisismo) y espectáculo –y el que venga detrás que arree– mientras se anubla eso que llaman el «escenario».



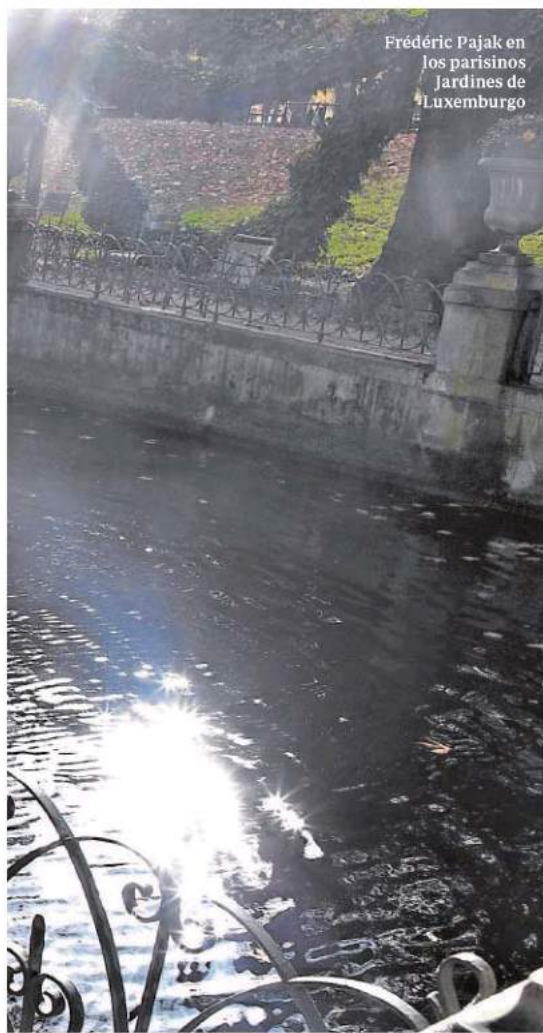
«La Historia es imprevisible para lo peor, pero también para lo mejor»

El dibujante y escritor Frédéric Pajak muestra en su «Manifiesto incierto» fragmentos de la Historia olvidados y borrados, pero que al mismo tiempo ve repetirse ante sus ojos en un mundo que empieza a recordar al de los años 30

MANUEL MUÑIZ

Frédéric Pajak (suresnes, 1955) comenzó a escribir un libro cuando tenía alrededor de diez años y sabe que jamás lo acabará. Ese libro, ese *Manifiesto incierto* (del que Errata Naturae acaba de publicar en España el primer volumen), es una mezcla de ensayo y dibujos a la vez apropiada y paradójica para un poeta que empezó a estudiar Bellas Artes, carrera que abandonó a los seis meses «dando un portazo».

Pajak ha errado por toda Europa y por Estados Unidos, ha sido mozo de coches cama internacionales, redactor jefe de revistas culturales y hasta ha pedido limosna para sobrevivir. Una vida extraña que le conecta con otros autores errabundos y en perpetuo conflicto.



Frédéric Pajak en los parisinos Jardines de Luxemburgo

to, como Walter Benjamin, a quien dedica muchas páginas de este *Manifiesto*.

Ha mezclado usted la autobiografía y las impresiones personales con textos sobre Nietzsche, Pavese, Benjamin...
¿Se debe a que, como escribe usted en este primer volumen de «*Manifiesto incierto*», «como mejor vemos es a través de los ojos de los demás»? Digamos que nuestra propia mirada no es suficiente para ver bien. Es esencial confrontarla a la mirada de los demás, ya sea como contradicción o como complemento. A menudo veo a través de los ojos de un personaje del pasado, y su mirada se nubla en el presente. Busco entonces en esa neblina lo que queda, lo que perdura.

¿Qué le lleva a centrarse en un determinado personaje histórico?

La mayor parte de las veces, se trata de escritores que lei siendo muy joven y que comprendí más o menos. Al volver a leerlos treinta años más tarde, intento transmitir aquella primera emoción, y también pretendo comprenderlos y hacer que sean comprendidos, pues suelen ser autores difíciles: Nietzsche, Apollinaire, Joyce, Ezra Pound, Walter Benjamin... Muchos de estos artistas tuvieron vidas errantes, como la suya propia.

Nietzsche, Joyce, Pound y Benjamin son exiliados. Su mirada sobre las ciudades y los países en los que viven es más sorprendente que la de los autóctonos. El exilio impone una visión a un tiempo conmovedora y severa. Intento volver a hacer el viaje con ellos, un siglo o medio siglo más tarde. La confrontación entre una ciudad de hace

cientos años y la que yo visito da lugar a un sentimiento nuevo, hecho de pasado y de presente, es decir, de un movimiento histórico.

¿Se considera usted pintor, escritor, o filósofo?

Me considero sobre todo un lector que escribe y dibuja. La filosofía me interesa en la medida en que coquetea con la poesía. Sus libros son descritos como «ensayos gráficos», término que recuerda al tan traído y llevado de «novela gráfica». ¿Considera usted que hay alguna relación entre su obra y el mundo del cómic?

No tengo ninguna relación con el cómic o la novela gráfica. Utilizo los dos lenguajes que me pertenecen —la escritura y el dibujo— oponiéndolos. A veces parecen reconciliarse: es una ilusión. Lo que no puedo expresar con la escritura, lo muestro con el dibujo, y viceversa. Mis dibujos no ilustran el texto, y el texto no destaca los dibujos. Están enfrentados.

Hablando del ensayo gráfico, ¿son imprescindibles hoy en día las imágenes para que algo parezca real?

Al contrario, mis dibujos son a menudo irreales. La auténtica ciudad de Turín no es la que yo he dibujado. El dibujo permite elegir lo que se muestra, obliga a estilizar, es decir, a añadir o a borrar. Es una ilusión. Por ejemplo, si dibujo una calle, quito los coches, los letreros, para dejar tan sólo la estructura.

¿Cómo llegan a unirse sus dibujos o sus textos?

Vienen como se presentan, por azar o por necesidad. Algunas veces, unas frases preceden un dibujo, otras un dibujo llama a una frase que lo va a contradecir. Pero nada es sistemático.

¿Cómo se documenta: en especial en lo relativo a la parte gráfica de sus libros?

Utilizo fotos antiguas que mezclo con mis propias fotos, que son muy mediocres. Cuanto más mediocre es una foto, con mayor libertad puedo interpretarla. Para un solo dibujo, a veces puedo inspirarme en una decena de fotos. En cuanto a los dibujos de paisaje, los ejecuto siempre *in situ*. A veces también hago algunos retratos en vivo. No tengo una regla: todo y cualquier cosa puede inspirarme un dibujo.

¿Por qué elige para sus dibujos la relativa oscuridad que aporta el blanco y negro?

He hecho un libro en color, tinta y acuarela. El impresor y el editor lo masacraron. Volví al blanco y negro porque es también el lenguaje del pobre, el lenguaje elemental. Y, además, en el blanco y negro están el gris y todos sus matices.



Tarea imposible

«¿Qué podría ser más estimulante que el heroísmo en una sociedad minada por el materialismo?»

El gobierno francés

«Donde sería necesario que lo guiaran los grandes sentimientos, responde con mezquindad»

El dibujo

«Permite elegir lo que muestra, obliga a estilizar, es decir, a añadir o a borrar. Es una ilusión»

¿Le ha marcado proceder de una familia de pintores?

Sí, mi padre era pintor abstracto y más tarde expresionista, mientras que mi abuelo era paisajista. Yo he salido tal vez más a este último. No lo conocí, pero en casa de mi abuela había varias acuarelas suyas en las paredes. Una de ellas representa unos árboles que se reflejan a última hora de la tarde en un estanque. A menudo he dibujado o pintado ese mismo motivo obsesivamente.

Usted dice que su propósito es «la evocación de la Historia borrada y de la guerra del tiempo». ¿No resulta una tarea prácticamente inacabable, como la de Sísifo?

Evidentemente, es una tarea imposible. Pero es una tarea heroica, y ¿qué podría ser más estimulante que el heroísmo en una sociedad minada por el materialismo?

Escribe usted que la Historia «es un sentimiento que la sociedad entera debe experimentar, so pena de que se desvanezca».

Los libros sólo son exhortaciones, nada más y, eso espero, nada menos. Exhorto al sentimiento histórico. Aunque sea tan sólo en el interior de nuestras mentes, en nuestro rincón, es bueno hacer justicia a la Historia olvidada, la de los vencidos o los abandonados a su suerte. El mundo actual nos incita cada día a ese esfuerzo.

En «Manifiesto incierto» encontramos a Walter Benjamin recorriendo una Europa que se desmorona. ¿Ve paralelismos con la situación actual?
Hablo del presente haciendo que vuelva en nosotros el dolor

del pasado. De nuevo en la Historia, millares de personas son arrojadas al mar y a las carreteras. No podemos pensar en la década de 1930 sin pensar en la actualidad y viceversa.

«Todos los intelectuales del mundo pueden darse la mano si quieren, que no cambiarán nada». ¿Cuál es el papel de los intelectuales en una época de locura? ¿Volvemos al problema del que hablaba Benjamin, a que las obras de reflexión no lleguen más que a las minorías?
El poder de los libros es restringido. Sólo son una gota de agua en el océano. Aun así, el océano no es exactamente el mismo sin esa gota de agua. Los libros hablan una lengua secreta, casi indecible. Las pocas páginas de *Sobre el concepto de historia*, escritas a principios de la guerra, en condiciones de aislamiento y de angustia, han llegado hasta nosotros; son traducidas y leídas en el mundo entero. A mí me inspiraron, como inspirarán a las nuevas generaciones. No es vano pensar que pueden ser experimentadas por miles de personas. Nadie sabe lo que hay en la cabeza de los demás; ningún estadista, ningún demagogo, puede decirlo. La Historia es imprevisible para lo peor, pero también para lo mejor.

Walter Benjamin murió siendo un refugiado. ¿Puede Europa darle la espalda a aquellos que huyen igual que él?

Vivo en un país, Francia, envuelto en sus pequeñas disputas políticas, presa de varias formas de populismo. Su gobierno no tiene coraje político alguno, ni visión alguna. Gobierno de manera cortoplacista. Ahí donde sería necesario que lo guiaran los sentimientos, los grandes sentimientos, responde con frialdad, con mezquindad, con cobardía. Nadie entiende su posición. Se esconde tras la máquina europea, que es totalmente inadecuada para resolver los problemas humanos. La tecnocracia no tiene nada que ver con la humanidad.

Para terminar, ¿tiene usted alguna certidumbre acerca de cómo va a continuar este «Manifiesto incierto»?

No, claro que no. La idea de este *Manifiesto incierto* es hacer un libro que no acaba. De todos modos, me pararé en el noveno volumen, es suficiente para dar la impresión de un libro sin fin. Sin embargo, cada día surgen nuevos relatos y nuevas figuras que forman ya libros por venir. El próximo *Manifiesto incierto*, que se publicará en Francia en septiembre, estará enteramente dedicado a la vida de Vincent van Gogh.

FERNANDO CASTRO FLÓREZ

Montaigne fijó con lucidez el destino del ensayo, que no lleva a otra cosa que a mostrarse «con maneras sencillas, naturales y ordinarias, sin disimulo ni artificio». En buena medida, se trata de una mutación moderna de la sabiduría del oráculo delfico, asumida por Platón, que nos llama a conocernos a nosotros mismos. Pajak, con el estado de ánimo de un solitario, desarrolla un singular «ensayo» que, según declara, es una «revancha abstracta de un mal de amor, aullido contra las ideologías, contra el espíritu del tiempo y contra el tiempo que pasa».

El *Manifiesto incierto* tiene tanto de intemperistividad cuanto de retorno a un lugar común contemporáneo que hace que infinidad de lectores e interpretes estén literalmente imantados con Walter Benjamin, que realizó en *Calles de dirección única* un apasionado elogio de las citas a las que considera «salteadores de caminos que irrumpen armados y despojan de sus convicciones al ocioso paseante». Lo que trata de hacer Pajak es contemplar y dar forma a su melancolía a través del naufragio benjaminiano, ajustando su escritura a las micrologías de aquel que confiaba más en la alegoría que en el esplendoroso despliegue de lo simbólico.

Como un tímido

Pajak da cuenta de sí mismo como un tímido, consternado con los avasalladores de la palabrería y ajeno a la oratoria desenvuelta, entregado a una escritura balbuceante que corresponde a la experiencia de lo inefable. Recuerda que Benjamin veneraba las palabras hasta el extremo de dejar que se abandonen a su acrobática desmesura, a su luminosa oscuridad, pues, «cuando a uno le faltan las palabras, se produce una paradoja». En el *Manifiesto incierto* está sedimentada la miseria, la angustia, la historia borrada y el recuerdo imborrable del abandono, la experiencia abismal de la orfandad. Los dibujos no ilustran lo narrado, sino que amplían la atmósfera evocadora.

Si se comenta a Beckett es tan sólo para sacar partido de sus magníficas y hasta dramáticas conversaciones con Bram Van Velde (un artista «cuya pintura emite un ruido muy característico: el del portazo a lo leños») y, sobre todo, para invocar un ejemplo de escritura que «desvaría»: la propia de un protestante guasón. Para aquel pintor de «lo que no se puede pin-

tar», los exiliados conforman una raza: la de los que nunca olvidan su tierra. Al encontrarse con su joven compatriota Beckett, Joyce, el perpetuo exiliado, le repitió esta ley: «Ulises hizo un bonito viaje, sí, pero regresó».

El viaje de Benjamin en barco a Capri e Ibiza es el pretexto que Pajak emplea para realizar su «ensayo del exilio». Para el pensador alemán, «la palabra es la mayor de las ofensas» y no cabe duda de que ese dibujo que le presenta agobiado por el fascismo mussoliniano en medio de la multitud agitada en las calles de Perugia da cuenta de esa época en la que la propaganda preparó la completa destrucción del mundo. Hacia el final de su archicitado «La obra de arte en la época de su reproduc-

LA OBRA ES LA CRÓNICA ELÍPTICA DE UN SUEÑO BUSCADO, EL INTENTO DE VOLVER SOBRE LOS PASOS DEL MISTERIO

ción técnica», Benjamin cita la proclama futurista de Marinetti: «*Piat ars, pereat mundus*»; lo más bello para aquellos delirantes que querían quemar las bibliotecas no era un automóvil a toda velocidad, sino la guerra y el olor de la destrucción. Con la certeza de que los filósofos son «los lacayos peor pagados por ser los más superfluos de la burguesía», Benjamin depositó su confianza en el surrealismo, «la última instantánea de la inteligencia europea», y en el teatro brechtiano, que rompe con la empatía-catártica aristotélica la forma de la politización del arte en la que también creyó cuando contempló la ruina de los ideales revolucionarios en su viaje a Moscú.

En el *Manifiesto incierto* hay

El ensayo de las citas oportunas

Pajak definió este, «su ensayo del exilio», como «una revancha abstracta de un mal de amor, un aullido contra las ideologías, el espíritu del tiempo y el tiempo que pasa»



el que nos columpianos tontamente.

Un cuadernillo mugriento sirve para rendir homenaje a una «vida dañada», cuando la vida parece que fuera una novela, una mezcla de pensamientos fragmentados y visiones de duermelva, citas diamantinas en las que hay una sombra inequívoca de tristeza y viajes ajenos que retornan como eco de experiencias propias.

Cuando no pasar nada

El *Manifiesto incierto* es la crónica elíptica de un sueño buscado, el intento de volver sobre los pasos del misterio. Tras releer la peripecia benjaminiana en Ibiza, Pajak describe la maravilla de un almuerzo en una trattoria vacía de Ragusa y cómo llega de un modo definitivo a la sabiduría: «cuando no pasa nada es cuando pasa algo». El narrador no puede perder de vista nuestra condición mortal, tenemos que deletrear la inscripción de la catedral de Ibiza que tanto impresionara a Benjamin: «*Ultima multis*».

El «ensayo gráfico» de Pajak no deposita ninguna confianza ni en la subversión revolucionaria del presente, ni tampoco deriva hacia el mesianismo judío, sino que trata, «en el instante del peligro», de extraer un recuerdo que le permita adueñarse de su mundo. La catástrofe es que las cosas sigan igual pero también es aquella escombrera del pasado en la que hay toda clase de huellas de crueldad, como las que narra Pajak que perpetraron contra él tipejos como Strudel y Fizery. Una de las citas que nos «asalta» con mayor oportunidad corresponde al filósofo Reyes Mate: «No hay universalidad que valga si tiene como costo social la infelicidad de un solo individuo. La verdadera universalidad consiste en reconocer la actualidad de esa injusticia pasada, comida contra el más insignificante de los seres humanos».

La materia incierta del ensayo que se ocupa de la vida no llega a componer un manifiesto sino un viaje, a la manera de Ulises, de vuelta a una casa (*okupada* y ruinosa), con la certeza de que «el Orgullo y la Felicidad se inclinan sobre mi ataúd por el que se cuele el agua».

Manifiesto incierto (Vol. I) Frédéric Pajak



Ensayo
Errata
Naturae, 2016
Trad. de
Regina López
Muñoz, 192
páginas,
19 euros

Printed and distributed by PressReader
PressReader.com • +1 800 276 6604
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW